

A modo de grieta

Like a crack

Cesar Augusto López Nuñez 

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú

E-mail: clopezn@unmsm.edu.pe

Recibido: 27/12/2025. Aceptado: 28/12/2025. Publicado en línea: 31/12/2025

Cómo citar: López Nuñez, Cesar Augusto. 2025. «A modo de grieta». *América Crítica: Revista de Estudios Culturales Americanos* 9 (2): 95-97. <https://doi.org/10.13125/americanacritica/6948>

Abstract—This article is the concluding section of the dossier *Animals in the literature of the Americas*. — *Relationality, anthropocentrism, ontology, plurality, de-hierarchization*.

Resumen—Este artículo es el colofón conclusivo del dossier *Lo animal en las literaturas de las Américas* — *Relacionalidad, antropocentrismo, ontología, pluralidad, desjerarquización*.

Falso sería afirmar que este es un cierre, una conclusión, siquiera un final, en cuanto a que se refiere a lo animal como una presencia que desborda lo humano; y con mayor seriedad o entrega estética desde hace algunos años. Sumado a este hecho que hemos querido desplegar en esta entrega de la revista, nos venimos encontrando con reconocimiento de lo vegetal, también; ambos universos como un esbozo de respuesta a las diversas crisis de lo humano. Así, el *dossier* pretende ser una grieta, por la cual pululan y acechan investigaciones que se han dado a la tarea de ingresar desde vértices que merecen ser explorados *de iure*; desde códigos, con los cuales no se siente cómoda la estética hegemónica.

Si nos remitimos a cuestiones del sentir y de la variación, su pleno sentido se afina en la relación como elemento constitutivo, antes que en la sola teoría o en el mero encuentro con los productos artísticos, los cuales han dependido de lo humano como su eje fundamental. Con esto no queremos plantear una visión antihumanista o contrahumana, una prédica del resentimiento, sino que lo antro-po-lógico nunca ha respondido a un plan solitario; antes bien, por un cálculo simple de poderes ha ido minando la ineludible participación de la multiplicidad en su constitución política, en su plan de la ciudad, su hogar, como el espacio por excelencia de lo puro. Evidentemente, lo unitario o lo simple como ideal pertenecen, como tantas premisas narrativas para la sobrevivencia, al universo de la regulación estética. Es decir, para términos prácticos, siempre es necesario controlar los sentires de la comunidad.

Para el caso de Occidente, el procedimiento estético se cimentó sobre la reducción del sentir, lo que implicaba des-reconocer todo aquello que no perteneciera ni a la ciudad ni al ciudadano. Esto quiere decir que todo aquello que quedaba fuera de las fronteras de las *polis* habría de ser necesariamente salvaje, múltiple, mezclado, desorganizado; negativo. Así mismo, toda entidad que experimentara relaciones por fuera de su régimen habría de ser bárbaro, ajeno al *logos*, a la capacidad comunicativa y, por ende, a la razón. De esta forma es que la maquinaria griega, romana y luego cristiana procedieron a organizar la forma de lo universal; toda una expansión de sentido que, si era posible, acomodaba otras narrativas a la suya o simplemente las condenaba a la desaparición o, en el “mejor” de los casos, a la invisibilización.

Esperando que no sea tan grosero nuestro resumen y siempre abiertos al debate, es necesario recorrer en sus líneas maestras el problema que levantamos en el conjunto de artículos de esta revista. Para tal efecto, necesitamos remitirnos a Platón y su siempre visitado problema con la

poesía. Principalmente, este tenía que ver con la cuestión estética, ya que, para aspirar a lo unitario, a lo uno o único (petición de principio en su sistema), el ciudadano no podía ser un individuo perseguido por la excitación, por el devenir, por la desintegración de su quehacer, el cual siempre debía responder a una categorización fija; todo por el bien del cuerpo estatal, claro. Debía ser eliminado, pues, todo aquello que remitiera a la exploración de la diferencia en pro siempre del sí mismo, de lo esencial.

La dinámica mencionada arriba no habría de ser tan distinta en Aristóteles, a pesar de su refinada tecnificación de las premisas platónicas y se volvería a la elegancia platónica con la propuesta plotiniana para la cual habría la necesidad de la conversión a lo uno, como lo correcto, frente al incómodo devenir, frente a la insistente degradación hacia la pluralidad. Dadas las premisas con tal claridad, cualquier narrativa distinta tendría que ser combatida con todos los instrumentos posibles. Para el universo cristiano, no habrían de ser, sino positivas estas construcciones y defensas de lo uno, porque Dios era uno, a pesar de su compleja trinidad. Sobre ese mismo pilar habrían de encontrar seguridad San Agustín y Santo Tomás de Aquino, aunque sus lenguas filosóficas fuesen distintas.

Un sinónimo más acorde con aquello que diverge, con lo negativo (¿por qué habría de ser necesariamente así lo no unitario?), será entendido como lo demoníaco. Esto se debe quizá a que esto se “oponía” al único en la narración del endemoniado de Gerasa (Mc 5, 1-13; Lc 8, 26-35). Aquí hace su aparición el famoso ángel caído Legión quien(es) pide(n) que Jesús no lo(s) atormenten y que le(s) permita habitar en los cerdos. Hacia el final de este (des)encuentro-exorcismo la piara a la que los envía Cristo se suicida lanzándose al mar. En esta narración se conjuga, en un afianzamiento de la insistente forma comprensiva occidental, el mal siempre se entenderá como lo plural, siempre violento, sepulcral, antidivino, impuro y, obviamente, animal. En resumen, todo aquello que atente contra la unidad debe exorcizarse, pues su lógica implica la destrucción. Y en la historia del plan narrativo que hemos ido exponiendo, es, pues, el destierro platónico de la poesía, la creación, la literatura, en nuestro caso, el primer y siempre necesario movimiento para validar una diversidad de ejercicios de poder que culminarían con la crisis planetaria contemporánea.

¿Qué es lo que invocan las investigaciones de nuestro *dossier*? Pues esas líneas sinuosas contra las que se ha opuesto la tradición mayor de la creación verbal. Así, una constante que se encontrará en los textos es la emergencia de lo relacional como un elemento fundante. No habrá

la necesidad del corte, de la objetivación o la frontera, sino todo lo contrario. Bajo la premisa de la relación aparecerán los animales, ya no como entidades adversas; por el contrario, como personalidades con sus propias dinámicas de vinculación. Se echa por fuera lo mecánico atribuido a lo no humano para darle su lugar comunicativo, en el cual hasta las mismas palabras quedarían suspendidas. En ese sentido, la exigencia hermenéutica saldría de los linderos cómodos de la palabra, del canto humano, y se adentraría en una lectura mayor de signos para cuidar del equilibrio delicado de la vida en una comunidad más amplia de la que se aparece a los ojos antro-po-lógicos.

¿Cómo es, entonces, una zoo-logía; el hablar de los animales? Una que entiende la simetría como su punto de partida en el que el sentir es constantemente confrontado por el zorro o la culebra (Quispe) o en el cual una sirena, mujer y pez o pez y mujer cuestiona todas las formas de entender monolíticas (Miranda). El pasado también puede ser explorado bajo la lente de la aparición de lo cánido y su larga data de relación con las narraciones indígenas que emergen en la pluma escribiente y dibujante de Guaman Poma (Blanco) para desjerarquizar el molde de la tradición europea. Lo mismo ocurre con el contraste entre la imposición de lo demoníaco a lo dialógico chamánico en el norte novohispano (Casas y Valdés).

Las aves tendrán su lugar como entidades coronadas por la relacionalidad, aclarando que, sin romanticismos o edulcoramientos, pues estas tienen capacidades de una oralidad en las que se conjuga el cuerpo y la luz (Cano). Sobre este mismo punto se vuelve en el caso arguediano, pues se resalta la agencia múltiple de los pájaros (García). Finalmente, las propuestas más teóricas se remiten a la ontología que consideramos importante, la indígena, para sostener toda nuestra discusión frente a posturas ecológicas o meramente culturalistas en la búsqueda de discutir, realmente, los patrones de sentir y hacer que han condicionado nuestras formas de comprensión. ¿Es posible reactivar y transitar estos caminos? Consideramos que sí, pues las ontologías no occidentales, aún se despliegan; a pesar de sus constantes destrucciones. En esa estela, surge la siguiente pregunta: ¿es posible un *pachacuti*? Si entendemos bien que implica un cambio de guardia, de tiempo, entonces no nos puede caber duda de su posibilidad, incluso como un acto de resistencia (Lanao). ¿Cómo podemos acceder a ese giro de tierra (*pachacuti*)? Reconociendo que hay momentos en los que es necesario alisar las relaciones sobre el espacio de la tierra y, por ende, del sentido contra un, cada vez más agresivo estriamiento (Luján) que ahora se conduce por

la denominada IA, cuando existen aún inteligencias por conocer.

Esperamos que este conjunto de lecturas sirva, al menos como punto de partida, para percibir las rendijas de otros espacios y formas de lectura que se encuentran muy cerca de nosotros y de nuestras tradiciones. Eso significa que la lucha, si se quiere, desde nuestro lugar académico, y no solamente este, comienza desde el momento en que inclinamos el oído a otras formas de contar, a otro corpus narrativo y les permitimos relacionarse en nuestros países y también continentes, pues la historia nunca ha sido una y la estética, tampoco ha sido un único privilegio desde somos y habitamos un cuerpo que no cesa de encontrarse con otros; unos a los que deberíamos prestarles atención y a los que la literatura y las otras artes nos pueden brindar acceso en el inevitable devenir otros que no debería ser entendido ya como una pérdida, sino, más bien, como una ineludible ganancia.